

Oscar Echeverry Mejía (1)

Patria ausente

(A Julio Barrenechea)



O creí que la Patria apenas era
la noción geográfica que nos dieron los
[textos,
que sólo con salir de sus físicos límites
se podría borrar su nombre del recuerdo.

Pero una vez dejé la Patria y en la ausencia
aprendí que no es sólo una comarca
perdida en el planeta, sino el sitio
donde están las raíces más hondas de nuestra alma.

Supe que está formada por la infancia,
que un sitio, o un perfume, o un amor la recuerdan,
que los huesos queridos guardados en su seno
nos llaman, silenciosos, a compartir su tierra.

(1) Joven poeta colombiano. Ha publicado, a los 30 años, un libro de versos. Los siguientes son sus últimos poemas, todavía inéditos.

Y aprendí que la Patria es un dolor lejano,
o un juego en la niñez, o un cielo claro
visto en el campo un día,
o unos ojos mirándonos desde un recuerdo amado.

Supe también que el nombre de la Patria designa
el río familiar que cruza nuestro pueblo,
un patio donde, niños, descubrimos el mundo,
una amistad que fué más honda con el tiempo.

Comprendí que la Patria es una vieja casa
con su jardín callado y su árbol predilecto
perdida en una aldea
donde empieza a crecer, tembloroso, el recuerdo.

Supe que es la memoria de los héroes,
el sabor que le da su tierra a ciertas frutas,
los mares que la guardan, ciñendo sus contornos,
los ríos que le cantan con sus voces de espuma.

Supe que en ella están mil sitios imborrables
donde a un tiempo nacieron anhelos y esperanzas
y llegaron derrotas y triunfos enlazados
como el cauce y el río, como la luz y el alba.

Supe que en la distancia está la Patria
más cerca al corazón, y que en vano la alejan
océanos y valles y tiempo, pues su nombre
en la ausencia golpea más fuerte en nuestras venas!

DIOS

En medio de la mar—esa isla movible
rodeada de tierra, soledad y misterio—
me he preguntado a solas: —¿Quién teje de la espuma
el encaje sutil; quién dirige el concierto
del rumoroso océano; quién da a los caracoles
su recóndita música; quién sostiene en su vuelo
a la gaviota, y llena las olas de rumores?

—¿Quién ondula y da tonos cambiantes a las aguas;
quién abre en el espacio la rosa de los vientos;
quién pinta de ese azul el cielo; quién inflama
las velas, y conduce las barcas a su puerto?

—¿Quién de la mano al pez a su destino lleva;
quién creó al caballito de mar y el tiburón;
quién sujeta los astros y manda las tormentas;
quién regula la noche y el día sino Dios? . . .

LA INFANCIA

Es un verde país la infancia
con su propia geografía,
sus horizontes y esperanzas
y leyes hechas a su amaño.

Es una mágica comarca
donde lo usual es el misterio
y todo enigma es cosa clara.
Allí conviven con los ángeles,
dragones, águilas y hadas,
y van—cogidos de la mano—
la realidad y los fantasmas.

Un jardín o un patio le bastan
para tener el mundo entero:
Una fuente es la mar lejana,
la ondulación leve del prado
es una altísima montaña,
y un río inmenso se imagina
ver en un claro hilo de agua.

Es un bello país la infancia
en donde sólo se respira
un aire puro de bonanza,
y donde toda fantasía
tiene su plácida morada.
Allí los sueños son la vida,
lo imaginario es lo que pasa
y lo irreal es lo tangible.

Es un raro país la infancia,
lejano y próximo del hombre
quien en su corta vida alcanza
sólo una vez a recorrerlo.

Hacia esa mágica comarca
donde se queda su inocencia
el hombre vuelve su mirada
cuando está triste, pero nunca
podrá volver a visitarla!

